

mente por el hecho de un origen común, y de una existencia común en los tiempos primitivos? ¿Se explican por la identidad del espíritu humano, el cual en todos tiempos es el mismo? Carecemos de testimonios históricos para contestar, y no queremos presentar inducciones en lugar de hechos. Nos contentamos con señalar las semejanzas; cuando las hay especiales, cuando llegan hasta los detalles, creemos poder deducir la existencia de lazos de parentesco y de filiación, aún cuando no podamos explicarlos históricamente.

Tenemos principalmente en cuenta las tradiciones por vagas que sean. Estas tradiciones, que se apoyan en la ley que rige á la humanidad, nos autorizan para admitir lazos internacionales, acción y reacción entre los diversos pueblos. Esto no impide que cada cual tenga su originalidad propia. La individualidad es de la esencia de las naciones, y nunca se borrará este carácter, por numerosas que sean sus relaciones. Esta originalidad se nota perfectamente en la antigüedad; y ya anteriormente hemos dado la explicación. El aislamiento ha sido hasta cierto punto necesario en la infancia de los pueblos, á fin de impedir que las influencias extranjeras obrasen con demasiada fuerza sobre organizaciones jóvenes é impresionables. La acción internacional no obliga, pues, á que por todas partes se reproduzca la misma civilización. Dios no ha querido que un pueblo sea copia de otro, como no ha querido que un individuo se parezca á otro, ó que dos hojas de un mismo árbol sean idénticas. Donde la acción es más fuerte y parece más irresistible, en el seno de la familia, el padre no logra convertir al hijo en hechura suya, aún cuando lo intente, como frecuentemente sucede; el hijo, por grande que sea la presión que la educación produzca, no llega á ser nunca la imagen del padre; pueden ponerse trabas á su desarrollo original, pero no es posible darle facultades, disposiciones, gustos, sentimientos, cuyo germen no se encuentre en él. Con mayor razón sucede esto mismo con las naciones. Los pueblos tienen ya su individualidad formada cuando aparecen en la escena de la historia, y empiezan á relacionarse por medio de la guerra y del comercio. En este contacto el más civilizado influye necesariamente sobre el que es relativamente bárbaro; pero el pueblo bárbaro reobra también sobre el pueblo

civilizado. Los romanos comunicaron á los germanos su cultura intelectual; los germanos á su vez regeneraron á los romanos, infundiéndoles un espíritu de que carecía la antigüedad, y que constituye la fuerza y la grandeza de la civilización moderna. La iniciación es generalmente mucho menos directa, y, por consiguiente, menos poderosa. La India, el Egipto y la Grecia, no han tenido relaciones de vencedor á vencido. La influencia recíproca que les atribuimos ha sido, pues, indirecta. Se ha limitado á imprimir el movimiento, á dar el impulso, á despertar la actividad propia del pueblo iniciado, á sembrar los gérmenes de la civilización en las naciones más jóvenes. En este sentido decimos que hay una relación de parentesco y de filiación en la esfera de la cultura intelectual y moral (1).

SECCION 2.^a— LA TEORÍA.

§ 1.— La idea del progreso.

N.º 1.— La filosofía.

Hay y habrá siempre una inmensa distancia entre el hecho y el ideal: el hombre, sér imperfecto, no logra realizar ni aún la perfección que concibe y que desea. Pero ya es algo concebir

(1) Hemos tenido la dicha de ver confirmada nuestra opinión después de la publicación de la primera edición de estos *Estudios*, por uno de los veteranos de la ciencia, el barón de *Eckstein* (*Ueber die Grundlage der indischen Philosophie und deren Zusammenhang mit den Philosophemen der westlichen Völker* (en *WEBER, Indische Studien*, tomo II, pág. 369, s.). *M. Mohl*, el sabio profesor de Heidelberg, alabando más de lo que merecen nuestros trabajos, no participa, sin embargo, de nuestra opinión respecto á las influencias internacionales y la filiación de las civilizaciones. Sus críticas nos han obligado á desarrollar nuestro pensamiento.

un ideal superior al hecho, porque de este modo tiene el hombre un objeto hácia el cual puede dirigir sus esfuerzos; cuando le falta este objeto, se entrega ya casi necesariamente al fatalismo, á la apatía ó á la desesperación. La realidad dista hoy mucho de corresponder á la teoría de la unidad humana y de la fraternidad de los pueblos. Sin embargo, aún en los peores dias no perdemos la esperanza: nos sostiene una indestructible confianza en el porvenir. Y es porque abrigamos la convicción de un progreso, si no regular, por lo ménos seguro é ilimitado. La antigüedad no tenía esta convicción. La fuerza dominaba en el derecho de gentes, y el aislamiento, la hostilidad en las relaciones internacionales. Los filósofos, aún los que pasan por utopistas, los poetas, esos profetas del porvenir, no imaginaban un mundo mejor, en que la violencia fuera reemplazada por el derecho, en que reinase la fraternidad en lugar de la separación hostil de las naciones; no tenían fe en la perfectibilidad que nos anima y nos consuela.

La diferencia entre la antigüedad y el mundo moderno es fundamental, y tiene fácil explicación. Los antiguos no han visto grandes transformaciones sociales: el cristianismo, que echó los cimientos de un mundo nuevo, acabó al mismo tiempo con el antiguo. La invasión de los bárbaros abre una serie de revoluciones que se suceden con espantosa rapidez. Estos inmensos movimientos de pueblos y de ideas, conmovieron profundamente el pensamiento humano. Al mirar el camino recorrido ya, al ver desaparecer la esclavitud, que las inteligencias más privilegiadas habían creído eterna, la filosofía advirtió que la humanidad tiene un ideal hácia el cual marcha siempre en medio de agitaciones y dolores.

Trató de indagar este destino, é inspirándose en el dogma cristiano de la unidad, dijo que los hombres son solidarios, que los pueblos deben formar un todo armónico. No eran estas las ideas de los antiguos; á pesar de la ruina de los imperios, la sociedad seguía descansando en las mismas bases, y se creía que los grandes sucesos históricos eran hechos sin finalidad, sin moralidad; que los hombres se agitaban siempre en el mismo círculo, y que siempre estaban expuestos á los mismos males. Una antigua doctrina hizo aplicación de esta desoladora idea á toda la creación; la concepción del *Gran Cielo* es la negación del progreso y de

la perfectibilidad. Al cabo de un cierto número de siglos, todas las cosas humanas habían de renovarse, los astros habían de volver á sus primeras órbitas, y los individuos y los pueblos habían de volver á empezar su primitiva existencia. Esta creencia era general desde los tiempos más remotos (1); se la atribuye á los primeros poetas, y reaparece hasta en los últimos estoicos.

Se concibe cuán funesta influencia ha debido ejercer esta falsa doctrina en las teorías políticas. Puesto que los hechos actuales se han de reproducir eternamente, es natural creer en su legitimidad: fueron, pues, erigidos en derecho. En el mundo antiguo reinaba la fuerza; creyóse, pues, que á ella correspondía el imperio. Parece que la filosofía, cuya gloria consiste en el pensamiento, no podría aceptar aquel régimen. Verdad es que los filósofos negaron la violencia brutal como base de las sociedades, pero la sustituyeron con otro principio idéntico en el fondo: concedieron á la inteligencia el derecho de dominar sobre todos los seres, cuyo desarrollo intelectual fuese menor. Este derecho ha sido llamado posteriormente la soberanía de la razón. Es un gran nombre, y parece que debe defendernos contra la violencia de la fuerza. Sin embargo, en nombre de la soberanía de la razón legitimaron los filósofos todos los abusos, todos los excesos del mundo antiguo. La esclavitud es seguramente la violencia más brutal y más inicua; sin embargo, *Aristóteles* la justifica; con su elevada razón decide que hay seres nacidos para servir, y otros, los hombres de inteligencia, nacidos, no para educar á los primeros, sino para explotarlos. Las naciones antiguas vivían en un estado permanente de hostilidad: *Platon* cree que la guerra entre los griegos y los bárbaros es eterna. Ni el filósofo del ideal, ni el filósofo de la realidad, tienen esperanza ni deseo de mejor porvenir. *Aristóteles* dice que los bárbaros son naturalmente esclavos, y deduce que los griegos han nacido para ser sus amos. *Platon* recomienda á los griegos la justicia y la benevolencia en sus relaciones; pero no concibe relación de derecho ni deber de humanidad entre griegos y bárbaros. En definitiva, la antigüedad declara, por medio de sus

(1) Entre los etruscos, los persas, los indios, los egipcios (*CREUZER, Symbolik*, tomo III, pág. 549 y siguientes).

más grandes pensadores, que no reconoce derechos ni deberes en los hombres por su mera cualidad de hombres. ¿Cuál ha de ser la ley de las sociedades en este orden de vida? La fuerza.

Encuétranse hoy día espíritus descontentadizos, que aprecian la historia á través de sus decepciones; como ven desvanecidas sus más caras esperanzas, niegan el progreso que habian celebrado cuando el mundo les sonreía (1). Á estos hombres, á quienes disgusta el espectáculo del estado presente de la sociedad, los invitamos á que lean la *República de Platon*. El gran filósofo permite á los ciudadanos de su República, que han pasado ya de la edad fijada para la procreacion, que mantengan un comercio libre, pero prohíbe á las mujeres el dar á luz los frutos de este libertinaje; si á pesar de sus precauciones llega á nacer un hijo, manda que sea expuesto, porque ha nacido en una edad en que el cuerpo y el espíritu no conservan ya todo su vigor (2). ¡Delirios de la imaginacion! se dirá. Abramos la *Política* del discípulo de Platon. *Aristóteles* no es un soñador; está contento con el mundo tal cual es: ¿cuál es su opinion respecto del derecho de las criaturas humanas á la existencia que Dios les da, y acerca del deber de la sociedad de garantizar este derecho? Prohíbe cuidar á los niños deformes. Mas aún; si hay peligro de que la poblacion aumente con exceso, debe limitarse la fecundidad de los matrimonios.

Recomendamos á los discípulos de Malthus el medio que imagina con este motivo: se provocará el aborto, dice, ántes de que el embrión haya recibido el sentimiento de la vida (3).

¿Qué piensan de estas doctrinas los detractores de la civilizacion moderna? ¿Negarán aún que los sentimientos del hombre cambian y se depuran bajo la ley del progreso, del mismo modo que se perfecciona la industria diariamente con nuevas invenciones? Aun queda un último refugio á los panegiristas de lo pasado: ensalzan hasta las nubes el patriotismo de los antiguos y hacen resaltar el degradante egoísmo de nuestros días. Participamos de su indignacion; pero no debemos tomar una enfermedad del espí-

(1) LAMARTINE, *Curso de literatura*, primer año, 1856; 3.^a conferencia.

(2) PLATON, *Repúbl.* V, 461, C.

(3) ARISTÓT., *Polit.*, VII, 14, 10.

ritu humano por el estado normal de la salud. Para detestar á los hombres que venden su conciencia, no hay necesidad de negar el progreso y de idealizar la antigüedad. Los más nobles sentimientos de los antiguos estaban viciados por la fuerza. ¿Quién se atrevería hoy á justificar el fratricidio que impulsado por el amor de la patria cometió Timoleon, uno de los héroes de la Grecia? La filosofía antigua enseñaba que el tiranicidio era las más admirable de todas las acciones, y que un hijo debía, en caso de necesidad, matar á su padre (1).

Solamente la doctrina del progreso puede reconciliarnos con los abusos del mundo antiguo y con los errores de sus filósofos. Esta doctrina nos consuela tambien de las inevitables decepciones que nos proporciona esta época en que dominan los apetitos más groseros y el egoísmo más abyecto. El espectáculo que ofrece el mundo antiguo era á primera vista igualmente desconsolador. Sometido al imperio de la fuerza, sus mismos pensadores le abandonaban; unos quedaban satisfechos buscando la razon de las cosas, otros elogiaban lo pasado y desdennaban lo presente, sin esperar que los destinos del género humano pudiesen mejorar; éstos arrancaban al hombre toda creencia: aquéllos venían á caer en el materialismo y en la nada. Sin embargo, la humanidad adelantaba, bajo la mano de Dios, hácia el cumplimiento de su misión. No tenía conciencia alguna del progreso, creía en la eternidad de los vicios que manchaban su estado social, y servía de preparacion á una edad en la cual debían desaparecer aquellos vicios. Mas aún; bajo la inspiracion de la religion, germinaba en el Oriente el dogma del progreso.

N.º 2.—La religion.

Dice *San Agustin* que la palabra religion viene de *religare*, porque une á todos los hombres en Dios (2). La religion ha sido fiel á su misión aún entre los antiguos; pero, como todas las manifestaciones del espíritu humano, procede de la imperfeccion, y va

(1) Véase el tomo II de nuestros *Estudios*.

(2) AUGUSTIN., *De veritate relig.*, 113; *De Civit. Dei*, x, 3.

Israel, dispersada por la conquista, se mezcló á los pueblos que adoraban la luz pura de Ormuzd. ¿Nació de este contacto el mesianismo? Una parte del mesianismo se refiere al dogma de un Dios único y verdadero, cuyo culto ha de extenderse por toda la tierra. Pero esta fe no explica bastante la naturaleza material de las esperanzas mesiánicas que abrigaban los judíos. Creían, como el mazdeismo, en la realizacion de una Edad de Oro en esta tierra; creían en una trasformacion completa de la existencia física. Esta concepcion pertenece más al mazdeismo que al judaismo. Las miserias del destierro debian contribuir á que los judíos acogiesen con ardor tan consoladora creencia: la imaginacion oriental, junta en ellos con tendencias positivas, hizo de la Edad Mesiánica un imperio terrenal. Era una especie de Edad de Oro á la manera pagana. Habia, sin embargo, la gran diferencia de que, en lugar de referirla á un pasado imaginario, la esperaban en el porvenir. Más vale el porvenir, aún cuando sea imaginario; sostiene al hombre y señala un fin para su actividad. No es ésta todavía la doctrina del progreso, porque en el mesianismo entran elementos milagrosos; pero al ménos esta creencia acababa con la ley fatal de la antigüedad pagana, que no encontraba término para los males del hombre; superaba ademas al paganismo por su carácter de universalidad; toda la humanidad habia de convertirse al culto de Jehová.

Esta es la primera vez que la idea de la unidad humana aparece en la historia: lo debe á la religion. En el mosaismo se deriva de la unidad divina. ¡Cosa singular é inexplicable! Esta misma idea se encuentra en una religion poderosa, que, al parecer, ignora la nocion de la Divinidad. Buddha concibió, muchos siglos ántes que Cristo, la sublime ambicion de salvar á todas las criaturas, sin distincion de clases ni de nacionalidades. La idea que se forma de la salvacion final difiere totalmente de la que animaba á los sectarios de Zoroastro y de Moisés. Éstos hacian consistir la felicidad suprema en vivir eternamente, al paso que los buddhistas, y todas las sectas religiosas y filosóficas de la India, la cifraban en no volver á nacer. Este ideal no es el nuestro seguramente; pero no debemos ser muy severos con el revelador indio. Hay en las tendencias universales del buddhismo un inmenso progreso respec-

to de la antigüedad pagana; pone término á la division hostil, que separa los hombres y los pueblos, y derrama sobre todos una caridad sin límites. Aún cuando se haya equivocado acerca de la naturaleza de la salvacion eterna, apénas tenemos derecho para echárselo en cara, porque la salvacion eterna de los cristianos es tan imaginaria como la de los buddhistas.

El cristianismo se inspira directamente en el mosaismo, é indirectamente en el mazdeismo y en el búddhismo. De aquí resulta que rompe definitivamente con la antigüedad pagana. El dogma del progreso, que en la teología oriental estaba en gérmen, resplandece en el magnífico sermon de la Montaña. Los Padres de la Iglesia no son indignos de su maestro; enseñan que la religion es una educacion progresiva, proporcionada á las necesidades y á las facultades de los hombres. Esto mismo dice la filosofia. Pero el dogma de una revelacion milagrosa vició tan elevadas concepciones: el cristianismo fué considerado como la última palabra de Dios. Los Padres de la Iglesia no advertian que esta inmutabilidad se hallaba en contradiccion con su punto de partida: habiendo admitido que la educacion divina se realiza bajo la ley del progreso, hay que admitir tambien que el progreso es infinito. En vano pretende el hombre dar inmutabilidad, es decir, eternidad á sus ideas. Cuando la Iglesia quiso perpetuar su dominacion en virtud de su pretendida revelacion, la filosofia la combatió en nombre de aquel mismo progreso que los Padres de la Iglesia habian invocado contra los judíos y los gentiles. La filosofia ha formulado definitivamente la doctrina del progreso; la ha elevado á la altura de un dogma, que está llamado á inaugurar una civilizacion nueva, superior á la civilizacion cristiana.

§ II.—Unidad. Humanidad.

La religion ha dado á los hombres la esperanza de un porvenir mejor, y, por consiguiente, un ideal. Este ideal se hallaba viciado en la India por el panteismo; entre los judíos por la creencia en una eleccion especial y en un dominio temporal; en el mazdeismo

por la concepcion de una existencia imaginaria. Pero, por lo ménos, aquellas creencias encerraban un principio de unidad, que era el gérmen de una nueva organizacion social muy superior á la de la antigüedad. La unidad del género humano conduce á una doctrina de fraternidad, de caridad y de paz. La caridad de Buddha es tan ardiente como la de Cristo; comprende en su amor á todos los seres, ve hermanos en todas partes. En medio de los horrores de la guerra y de la conquista, los poetas hebreos cantan la paz futura y la armonía de la creacion.

Con dificultad podia la unidad abrirse paso en el mundo pagano, condenado fatalmente á la division por el politeismo.

Sin embargo, los sabios reconocieron la unidad divina. Poco á poco acabó por insinuarse en el pueblo politeista por excelencia. La poesia griega representa á Júpiter como el rey de los reyes, como el más poderoso entre los poderosos (1); le atribuye un imperio universal, un poder absoluto sobre todo el universo (2); Cleanto le dice: «Padre de los dioses, Dios soberano, á quien se invoca bajo diversos nombres y que reinas sin rival, omnipotente, inmutable Júpiter, autor de la naturaleza, ley suprema del universo, yo te saludo. A tí deben dirigirse todos los mortales, porque eres nuestro padre comun» (3).

Basta que el hombre tenga el instinto del lazo que le une con sus semejantes para que sus sentimientos se engrandezcan. La poesia griega, aunque extraña al dogma de la unidad divina, tiene inspiraciones de caridad y de fraternidad. Se encuentran acentos de humanidad entre los cantos en que *Homero* pinta una edad de violencia y de astucia. Los *trágicos* nos trasportan á aquellos siglos, cuyos crímenes y desgracias se prestan maravillosamente al drama, pero suponen en sus héroes sentimientos de una sociedad más avanzada; anacronismo feliz que permite á *Sófocles* hacer oír en un teatro pagano estas palabras casi cristianas: «Mi corazon está hecho para abrigar el amor y no el odio» (4). *Eurípi-*

(1) ESQUIL., *Supl.*, v. 527, s.

(2) THEOGEN., v. 149, s.—PINDAR., *Istun.*, v. 66.

(3) STOB., *Eclog. Phys.*, t. I, p. I, núm. 12.

(4) SOPHOCL., *Antig.*, v. 523.

des es como el profeta de una era nueva, en la cual la esclavitud y el espíritu de guerra serán reemplazados por la igualdad y la armonía.

Los filósofos debían, con más razon que los poetas, separarse del paganismo é inclinarse hácia la doctrina de unidad y de humanidad, porque la poesia estaba, en cierto modo, consagrada al culto de los dioses, al paso que la filosofia era enemiga natural del politeismo. Un filósofo, que buscó su inspiracion en la teología de Oriente, dió á las especulaciones de la sabiduría las formas y las maneras del culto: la filosofia de *Pitágoras* comprende la creacion entera. Es un presentimiento de la religion de caridad. *Sócrates* ha sido comparado con Cristo, y es, cuando ménos, uno de sus precursores; su cosmopolitismo contiene en esencia el dogma de la unidad y de la solidaridad del género humano. La antigüedad ha dado á su discípulo el nombre de divino, los Padres de la Iglesia lo han considerado como uno de los suyos; digno homenaje tributado al filósofo del Ideal. La justicia no ha tenido intérprete más sublime que *Platon*; su genio brota rayos de luz acerca de los grandes principios que han de formar la religion del porvenir, las nociones de Dios, de la fraternidad y de la paz. Puede echarse en cara á *Aristóteles* el haber justificado la esclavitud, pero, por lo ménos, busca para ello un principio moral; hoy nuestra necesidad de igualdad no se satisface con la aristocracia de la virtud y de la ciencia, base de su sistema político; pero en el mundo antiguo, dominado por la fuerza bruta, era un inmenso progreso. *Aristóteles* se relaciona mejor con el porvenir por medio de su bella teoría de la amistad: es un gérmen de la fraternidad cristiana.

El movimiento que *Sócrates* imprimió á los espíritus no se limitó á la filosofia propiamente dicha: verificó una revolucion intelectual, que se reveló en los conceptos de la guerra, de la paz y de la justicia internacional. *Jenofonte* introdujo la humanidad en la guerra; su héroe respeta en los vencidos la cualidad de hombre. La *Ciropedia* no pasa de ser una utopia, pero la utopia es un ideal que se realiza cuando el pensamiento individual penetra en la conciencia general. *Isócrates* hace en sus discursos aplicacion de la teoría de lo justo desarrollada por *Platon* en sus diálogos; áun

estaba reservado mayor triunfo á la idea; el mayor de los oradores la hizo brillar en la tribuna de Atenas. Otros discípulos de Sócrates acogieron sus ideas de cosmopolitismo; los *Cínicos* y los *Estóicos* consideraban las ciudades particulares como miembros de un gran todo; su república del género humano es en el fondo una doctrina de fraternidad y de paz.

El estoicismo estaba destinado á fructificar en un terreno poco dispuesto, al parecer, para la cultura filosófica. Roma recibió de Grecia sus artes y literatura; pero trajo también á la civilización un elemento que le era propio. La ruina sucesiva de las nacionalidades antiguas, la reunión en un mismo imperio de pueblos que hasta entonces se habían tratado como enemigos y como bárbaros, el espectáculo de la paz que reinaba en gran parte de la tierra, todas estas circunstancias suscitaron en los romanos sentimientos que no habían podido tener los pensadores de la Grecia en el horizonte limitado de sus ciudades. En un teatro romano, y con aplauso de los espectadores, se pronunciaron aquellas célebres palabras, que parecen el comienzo de la era moderna: «Soy hombre, y me interesa todo cuanto se refiere al hombre.» Los poetas de Roma, aun cuando no brillan por su originalidad, cantan un sentimiento nuevo, la felicidad de la paz, don precioso del Imperio. Los filósofos romanos no son genios iniciadores como los de la Grecia; pero sus escritos preparan al mundo antiguo para el advenimiento de una religión de fraternidad y de caridad. *Cicerón* mezcla con la doctrina estoica algunos acentos de amor desconocidos por los implacables discípulos de Zenón; en medio de un pueblo que sólo vive para la guerra, se atreve á elevar la gloria de las artes pacíficas por encima de la ambición de las conquistas. Estas ideas avanzan rápidamente cuando á la república guerrera sucede la paz del Imperio. *Séneca* está tan imbuido del espíritu nuevo, que durante mucho tiempo se han supuesto relaciones entre el filósofo y San Pablo para explicar la pureza de su moral; su amor á la humanidad y su odio á los conquistadores le asemejan á los filósofos del último siglo. El género humano caminaba hácia mejores destinos. La Providencia suscitó pensadores en medio de los mismos paganos para formar el lazo de unión entre el antiguo mundo, que se moría, y el cristianismo, que acababa de nacer. La fi-

losofía toma en *Plutarco* un carácter religioso: enseña que no hay más que un Dios para los Griegos y para los Bárbaros: esta unidad divina es el tipo sobre que debe organizarse la sociedad humana. La caridad que anima á *Epicteto* y á *Marco-Aurelio* los iguala casi con los cristianos. Pero el Estoicismo, convertido exclusivamente en una ciencia de la moral individual, renuncia á toda acción social. La filosofía conduce á la sociedad antigua hasta el cristianismo: al llegar á este punto parece que abdica, y asiste con sublime indiferencia al espectáculo de las ruinas que á su alrededor se amontonan. Aun reúne, por última vez, sus fuerzas para luchar contra la invasión de la nueva religión. Los *Neoplatónicos* intentan reanimar aquellas creencias que se mueren; esta tentativa manifiesta la necesidad que la humanidad siente de una creencia religiosa, pero la filosofía no podía satisfacer esta necesidad; no era posible regenerar el paganismo.

Las especulaciones filosóficas y las creencias religiosas de los antiguos son reemplazadas por el cristianismo. El Evangelio ha sido predicado á los Judíos y á los Gentiles: prueba inequívoca de su origen y al mismo tiempo de la misión de la antigüedad.